

—¿Los seis? Entonces, ¿sale también el mío?—dijo el coronel convulsivo y agitado. No lo veo; no veo mis colores.

—No, no hay más que cinco caballos... ¡Ah! Allí viene el otro; ese debe ser.

Un magnífico caballo bayo entraba en la pista y ensayaba antes de emprender la carrera. El jockey llevaba los colores del coronel Ross.

—¡Pero ese no es mi caballo!—gritó desesperado el coronel.—No tiene un sólo pelo blanco. ¿Qué habéis hecho, Sr. Holmes?

—Vaya, dejémonos de discusiones y atendamos únicamente á su comportamiento—contestó mi amigo con la mayor sangre fría.

Y se puso á mirar con los gemelos de campo.

—¡Muy bien!—exclamó de pronto.—¡Han salido maravillosamente!...

El coche estaba perfectamente colocado para ver la carrera hasta en sus menores detalles. Al principio la blusa blanca y amarilla de la cuadra Capleton, iba á la cabeza. Sin embargo, un poco antes de llegar Desborough, perdió terreno, y Silver Blaze atravesó el pelotón y venció por seis cuerpos de caballo.

—¡Sea quien sea ha ganado!—tartamudeó el coronel, pasándose la mano por la frente;—pero confieso que no entiendo una palabra. Sr. Holmes, ¿no os parece que ya ha durado bastante el misterio?

—Ciertamente, coronel. Estoy dispuesto á explicarlo todo; pero atravesemos antes la pista y vamos á ver el caballo.

A fuerza de codos logramos abrirnos paso entre el gentío y llegar al recinto, donde únicamente entraban los propietarios y sus amigos.

—Helo aquí—dijo Holmes poniendo la mano sobre el lomo del caballo.—No tenéis más que lavarle la frente y la pata con espíritu de vino y reconocéis á vuestro Silver Blaze.

—¡Cómo no se me había ocurrido antes!

—Lo hallé en manos de un chalán y me he tomado la libertad de dejarlo correr tal como estaba.

—¡Pero es peligroso todo esto!... Y el animal está en un estado excelente. Parece que no ha corrido en su vida... Os debo un millón de excusas por haber dudado de vuestro talento... Me habéis prestado un gran servicio devolviéndome el caballo. Ahora espero que lo completéis diciéndome quien es el asesino de John Skaker.

—Estoy dispuesto—contestó Holmes flemáticamente.

El coronel y yo nos miramos estupefactos.

—¿Quién es? ¿Dónde está?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—A mi lado.

El coronel enrojéó de cólera.

—Mucho es mi agradecimiento por lo que habéis hecho, Sr. Holmes, pero no tanto que me ciegue para no ver en esas palabras vuestras, ó una broma de mal género ó un insulto.

Sherlock Holmes soltó la carcajada.

—Espero, coronel, que no me supongáis capaz de creerme cómplice ó autor de ese crimen. El verdadero asesino está aquí, detrás de vos.

Y puso la mano sobre el lomo de Silver Blaze.

—¿Cómo? ¡El caballo!—gritamos á un tiempo el coronel y yo.

—Sí; el caballo. Sin embargo, debo alegar como circunstancia atenuante que obró en legítima defensa contra John Skaker, un canalla indigno de vuestra confianza... Pero ha sonado la campana, y como tengo apostado algún dinero en esta carrera permítidme que esperemos una ocasión más propicia para las explicaciones.

Por la noche volvimos á Londres, y tanto á mí como al coronel nos pareció el viaje demasiado breve oyendo hablar á Sherlock Holmes.

—Confieso—nos dijo con aquella voz pausada y serena—que leyendo los periódicos me confundí y me equivoqué por completo. Y, sin embargo, en los periódicos se hubieran podido encontrar datos importantísimos á no ser por el cúmulo de detalles superfluos que los ahogaban y destruían. Partí, pues, para Devonshire con la convicción de que Fitzroy Simpson era el verdadero culpable, aunque no dejaba de ver que las pruebas de su culpabilidad no eran, ni mucho menos, decisivas.

Ya en el coche, cerca de la casa del picador, me fijé en la coincidencia de ser guisado de cordero

precisamente la comida que le sirvieron al mozo de cuadra. Recordaréis mi absoluta abstracción, que me hizo enmudecer y apartarme de todo lo que no fuera dar vueltas á esta idea.

—Pues yo, aún ahora—interrumpió el coronel,—no veo la importancia que pueda tener ese detalle.

—Era el primer anillo para formar después la cadena de los hechos. Los polvos de opio tienen un sabor bastante desagradable y sólo en determinados platos pueden echarse sin peligro de que las personas que los coman se percaten de ello. Precisamente el cordero, y guisado con una salsa muy picante—tal como se le sirvió al mozo de cuadra,—constituye uno de esos platos exclusivos. ¿Y cómo hemos de suponer que Fitzroy Simpson, completamente desconocido en King's Fyland, consiguiera que precisamente ese día fuese la cena un plato de cordero en salsa? ¿Cómo suponer que diera la coincidencia de que Simpson eligiera para robar el caballo y narcotizar á Hunter precisamente el día en que servirían esa clase de cena? Esto resulta increíble. Por lo tanto, Simpson se encontró allí casualmente y su atención debía concentrarse sobre Skaker y su mujer, únicas personas que podían hacer figurar en el menú de aquel día el plato de cordero. El opio fué echado después que se apartó de la cena general la del mozo de cuadra, puesto que todos comieron lo mismo y ninguno sufrió la menor alteración. ¿Quién podía ser esta persona que echó los polvos sin que se enterara la criada Edith?

Luego me fijé en el silencio del perro. Cuando el incidente de Simpson nos enteramos de que había un perro encerrado en la cuadra, y, sin embargo, más tarde, cuando alguien debió entrar y apoderarse del caballo, este perro no ladró lo más mínimo, puesto que los dos palafreros, que dormían en el desván, no se despertaron ni una sola vez. Indudablemente el visitante nocturno debía ser alguien á quien el animal conoce mucho.

Todo se iba aclarando poco á poco. John Skaker entró á media noche en la cuadra y sacó á Silver Blaze. ¿Con qué objeto? Con alguno, nada bueno, puesto que creyó necesario adormecer al mozo de guardia. Todos sabemos que muchas veces los picadores han ganado grandes cantidades apostando en contra de sus propios caballos, valiéndose de testaferros y empleando alguna estratagema para hacerlos perder á aquéllos. Bien sobornando al jockey ó bien empleando otros recursos más sútiles y seguros. ¿Cuál de estos medios habrá elegido Skaker? Entonces pensé que tal vez examinando los bolsillos del muerto encontraría algún indicio.

Así ha sucedido. Todos observásteis el extraño cuchillito que tenía el cadáver en la mano derecha, y que nadie puede llevar como arma de defensa. Según nos dijo el doctor Watson, ese cuchillo no se emplea más que para una operación quirúrgica delicadísima, y, efectivamente, para una operación de ese género había de servir aquella noche. Ya sabréis, coronel, dada vuestra larga experiencia en

cuestión de caballos, que se puede herir el tendón que hay debajo de la piel del jarrete, haciendo una pequeña incisión, sin dejar la menor señal. Después de esto, el caballo padecería una leve cojera que bien puede atribuirse á cualquier esfuerzo ó á un ligero ataque de reumatismo.

—¡Qué canalla!—exclamó el coronel.

—Y para hacer esa operación sacó de la cuadra John Skaker el caballo. En efecto, hubiera sido imposible hacerla dentro sin que un animal tan fogoso como Silver Blaze causara, al sentirse herido, un pequeño escándalo.

—¡Qué ciego he sido!—murmuró el coronel.—Entonces para eso debió llevar el cabo de vela y encendió la cerilla que encontrásteis en el barro.

—Claro. Faltaba saber el motivo del crimen y ese lo encontré en los papeles del criminal. Ya sabéis, coronel, que nadie guarda las facturas de otra persona y muchas veces ni siquiera las propias. En seguida pensé en que tal vez Skaker tuviera un segundo hogar. La factura de la modista demostraba que había otra mujer, y mujer acostumbrada á gastar mucho. Además, por muy generosos que seáis con vuestros servidores, no creo que sea hasta el punto de permitirles pagar vestidos de seiscientos chelines. Por eso, y afectando indiferencia, interrogué á mistress Skaker, y después de convencerme que el vestido no fué para ella, tomé nota de la dirección de la modista, seguro de que enseñándola el retrato de Skaker sabría quien era Darbyshire.

Lo demás era muy sencillo. Skaker condujo al caballo á una hondonada para que no se viera la luz que necesariamente había de encender. Por casualidad encontró la corbata perdida por Simpson en su fuga y la cogió para servirse de ella como venda en la operación. Una vez llegado á lugar propicio, encendió la cerilla, y asustado el caballo de la claridad—ó tal vez por ese temor instintivo que sienten los animales delante de un peligro—dió un bote y de una coz rompió el cráneo de Skaker. Éste al caer se hirió con el cuchillo en una cadera, porque, á pesar de la lluvia, se había quitado el abrigo para obrar con más libertad.

—¡Es maravilloso!—exclamó el coronel.—¡Maravilloso! Diríase que estábais delante.

—Mi golpe final fué un golpe maestro, dicho sea sin modestia de ningún género. Se me ocurrió que un hombre tan listo como Skaker no se arriesgaría en una operación semejante sin haber hecho algún ensayo. En seguida pensé en los carneros que pastaban cerca de la casa é hice al mozo aquella pregunta que, según visteis, me alegró tanto.

—Está muy bien, Sr. Holmes. Habéis explicado todo perfectísimamente.

—En cuanto llegué á Londres fuí á casa de la modista, quien reconoció en seguida al Sr. Darbyshire en el retrato de Skaker y me dijo que la señora Darbyshire era una de sus más asiduas y espléndidas parroquianas. Indudablemente esta mujer arruinó de tal modo á Skaker, que éste se vió obligado á co-

meter la infamia que hemos descubierto y que le ha costado la vida.

—Ahora sólo falta que expliquéis una sola cosa—dijo el coronel.—¿Dónde estaba el caballo?

—¡Ah!... Se escapó y lo tenía un vecino vuestro. Sin embargo, creo, querido coronel, que no debemos preocuparnos de este asunto y olvidar todo... Pero me parece que ya estamos cerca de Blafam y dentro de unos minutos podremos estar en mi casa, donde os ofreceré, con mucho gusto, una taza de té y un cigarro.